

—Bienvenidos a nuestra casa —le dice el señor Zamora—. Aquí está tu dormitorio.

Ben entra en el dormitorio y no lo puede creer. Hay una cama y una mesita. No hay una computadora ni televisión. Ben no entiende como puede vivir la gente sin juegos de video.

—Tenemos mucha suerte porque nuestra casa no se cayó —le dice la señora—. La mayoría de las casas de este pueblo se cayeron durante el terremoto.

—Es cierto que tienen mucha suerte —le contesta Ben.

Pero Ben no cree lo que dice. Piensa que tienen una vida terrible. No tienen las cosas normales de la vida como un microondas o una computadora.

Hay otro cuarto. La puerta de ese cuarto está cerrada.

—¡Anabel! —llama la señora—. Ven a conocer a Ben.

La puerta se abre y una chica sale. Ben no lo puede creer. Es una chica hermosa. Ella es más hermosa que Mindy. Es la chica más hermosa que ha visto en su vida.

—Anabel es nuestra hija —le dice el señor.

—Mucho gusto —dice Ben.

Anabel se ríe y dice:

—Otro chico de Estados Unidos aquí. ¿Vienes a ayudar con las casas?

—Sí —contesta él.

Anabel tiene el pelo largo y bonito. Tiene ojos grandes y castaños. Parece modelo. Es tan bonita. Ríe mucho.

—Bienvenidos a nuestro pueblo —le dice Anabel—. Estamos contentos de tener otro norteamericano aquí.

Después sale una niña de ocho años. Se parece a Anabel pero es más joven.

—Hola —le dice la niña—. Soy Rosa. Tengo ocho años. Bienvenido a nuestra casa.

—Es mi hermanita —dice Anabel—. ¿Tienes hermanos en tu familia?

—No. Soy hijo único. No tengo hermanos ni hermanas.

—¡Qué triste! —le dice Anabel.

—Tenemos un hermano pero no vive con nosotros. Va a la universidad. Vive en San Salvador. Tú vas a dormir en su dormitorio —le dice Rosa.

—Qué bueno. Me gusta —les dice Ben.

—Es muy tarde —les dice la señora Zamora—.